

quedad, en la que se presiente una tenaz labor de pulimento, y porque la presencia de las cosas —tierra, paisajes, patria— surge de la proyección de su sangre y de su espíritu, es por lo que Horacio Rega Molina adquiere la significación de una de las figuras centrales de la poesía argentina contemporánea.

GILBERTO GONZÁLEZ Y CONTRERAS

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, *Literary Current in Hispanic America*.—
Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1945.

Este libro de Pedro Henríquez Ureña constituye “una ojeada cultural sobre la América Latina desde la época de los conquistadores hasta el presente”. En los años de 1940-1945, el excelente crítico dominicano disfrutó de la beca concedida por Charles Eliot Norton para que conferencistas de Hispanoamérica expresaran, desde la eminente tribuna de la Universidad de Harvard, su pensamiento sobre temas de la cultura de nuestros países de habla española. No podía encontrarse persona mejor preparada que Henríquez Ureña para desempeñar esta misión. Las conferencias dadas en los meses de noviembre y diciembre de 1940 y febrero y marzo de 1941, convenientemente preparadas para su publicación, con un importante caudal de notas que aclaran los principales puntos del libro, dotadas, al fin, de una amplísima bibliografía, han venido a formar este volumen que puede señalarse como uno de los acontecimientos bibliográficos más importantes del año que acaba de transcurrir.

El autor no se detiene a contemplar sólo el panorama literario de Hispanoamérica; se interesa también en las artes plásticas, arquitectura, escultura, pintura y en la música, como formas de expresión de la cultura de América. En este sentido, la obra de Henríquez Ureña constituye, como él mismo lo manifiesta en el prólogo, una indagación sobre el espíritu de América en “busca de su expresión”. Este término lo había usado ya para designar los ensayos que hace años publicó en Buenos Aires y es grato para el Instituto de Literatura Iberoamericana, cuyo órgano es esta revista, ya que el tema precisamente de su tercer congreso, celebrado en Nueva Orleans, fué una indagación semejante.

No se ha concretado el autor a estudiar los diversos aspectos de la cultura en los países de habla española, sino que ha ido al Brasil a estudiar la obra de sus literatos y de sus artistas. En este sentido, *Corrientes*

literarias en Hispanoamérica constituye la síntesis más completa, por ahora, de la expresión artística de nuestro continente llamado latino. Claro que la discusión de los términos que podían emplearse para rotular la obra constituye una de las preocupaciones primordiales del autor, que se decide por el término "hispano", de preferencia al "latino", que pudiera considerarse más comprensivo por la incorporación, en el texto, del pensamiento del Brasil.

Ocho capítulos constituyen la médula del libro. Su simple enumeración dará una idea de la importancia de los temas tratados en ellos. El primero está consagrado al descubrimiento del Nuevo Mundo en la imaginación de Europa. Estudia en él las consecuencias del viaje de Colón, el nacimiento en Europa del concepto de un mundo nuevo, caracterizado por una naturaleza abundante en frutos, por habitar en él "salvajes nobles", por la riqueza, la fertilidad, la hermosura de la tierra, la nobleza de sus habitantes, y considera en seguida los problemas que la conquista planteó desde un principio y que preocuparon a las grandes figuras del tiempo: teólogos y juristas, como Vitoria, Montesinos, Las Casas.

En el capítulo segundo estudia la organización de la nueva sociedad y comprende los años de 1492 a 1600. El español, lo mismo que el portugués, al establecerse en el Nuevo Mundo, se convierte en un hombre nuevo. Responde al ambiente que lo rodea y se transforma.

El capítulo tercero se ocupa del florecimiento del mundo colonial y abarca el estudio de los acontecimientos comprendidos en los años de 1600 a 1800. Aparecen las grandes figuras de la literatura colonial: Bernardo de Valbuena, Juan Ruiz de Alarcón, Sor Juana Inés de la Cruz, el Inca Garcilaso de la Vega. Comprende el barroco y el neoclásico. Tal vez el estudio de esta época habría que limitarlo al 1750, como lo hemos propuesto en el libro *Letras mexicanas en el siglo XIX*, ya que el espíritu de la colonia desaparece en torno a los años en que llega a su mitad el siglo XVIII.

Los últimos años de esta centuria son de florecimiento de ideas que preparan la emancipación: la declaración de la independencia intelectual de la América hispánica (1800-1830) no es sino la consecuencia lógica de la inquietud que despierta en nuestros países la nueva filosofía y el nuevo humanismo que enseñan los jesuitas y los felipenses; la lectura de los enciclopedistas y filósofos franceses; el regalismo de los Borbones y la agitación que trae consigo la Revolución francesa y la Independencia de los Estados Unidos. Señala Henríquez Ureña la importancia que tiene, no la simple declaración política de independencia, sino el afán

de América de encontrarse a sí misma, y para ello el primer paso es la proclamación de una independencia intelectual; señala lo que es verdad: la existencia de una aparente inmovilidad en el sistema colonial de Hispanoamérica y la anarquía subyacente. Las figuras de Bello, Olmedo, Quintana Roo, Juan Cruz Varela, Heredia y Del Monte adquieren aquí el relieve que tienen en la creación de este Nuevo Mundo.

"Romanticismo y anarquía" (1830-1860) es el título del capítulo quinto. El poeta busca el ambiente que lo rodea, como necesario para la expresión de la obra de arte. La pampa, el llano, la selva, son escenario de novelas, dramas y poemas. El estudio de las condiciones sociales en que vive el hombre americano constituye la preocupación de los escritores — Sarmiento a la cabeza.

El lapso comprendido entre los años de 1860 a 1890, es un período de organización. "La estructura de la sociedad ha cambiado, con nuevas instituciones políticas y nuevas costumbres, la educación ha sido remodelada de acuerdo con los ideales de la centuria décimanona." La influencia del positivismo se deja sentir, particularmente en Brasil, México, la Argentina y Chile. Adquieren singular importancia los filósofos y los sociólogos: Hostos, Montalvo, Varona y José de la Luz y Caballero.

El penúltimo capítulo está dedicado al estudio de la literatura "pura" entre los años de 1890 y 1920. Comprende los antecedentes del modernismo, el apogeo de esta tendencia, sus influencias, la renovación que nuevas corrientes del pensamiento traen a la prosa y al verso, no sólo de América sino de España también: "El español literario —dice— tanto en prosa como en verso, adquiere una nueva juventud y este milagro que comenzó en 'nuestra América' se prolonga y completa en España con Unamuno, Valle Inclán, Azorín, Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado y, finalmente, José Ortega y Gasset."

El último capítulo discute los "Problemas del día" (1920-1940). En él se trata de todas las corrientes que en la hora actual influyen en las letras y en el arte de Hispanoamérica: la influencia de la política en ciertas formas de expresión lírica y novelesca; la aparición de novelas representativas de ciertos aspectos del alma americana; el ultraísmo; la intervención del indio y del negro en la novela, el drama y la canción; el desarrollo tan importante de la pintura, especialmente la mexicana, en los últimos años.

La simple enumeración de los temas da idea de la importancia del libro de Henríquez Ureña. Pluma mejor que la suya era difícil de encontrar, para emprender una síntesis de esta naturaleza. La preparación del

autor, su sentido crítico, su objetividad, son cualidades que recomiendan al libro y a quien lo escribió. Traducido al español, como esperamos verlo pronto en las librerías, será el texto obligado de estudio en todos los países del Continente. En inglés, es el mejor exponente de la cultura de la otra América, para los norteamericanos. Encontrarán los estudiosos, en ella, lo que se piensa del Río Grande a la Tierra del Fuego, expresado en un inglés elegante y por un espíritu que sabe decir las cosas en un idioma que es casi el suyo, a los que tan alejados han estado del pensar y del sentir de la América hispanolusitana.

JULIO JIMÉNEZ RUEDA,
Universidad de México.

FRANCISCO MONTERDE, *Moctezuma, el de la silla de oro.*—México, Imprenta Universitaria, 1945.

No conozco aún toda la obra de Francisco Monterde, cuya labor literaria, iniciada hacia 1918, ha sido constante y valiosa. Ignoro, particularmente, sus piezas teatrales representadas y celebradas en su tiempo; pero he frecuentado mucho sus trabajos críticos, sus narraciones y aun sus escasos versos. Entre estas direcciones de su obra prefería, hasta antes de la lectura de su último libro, sus trabajos críticos sobre los demás. Heredero espiritual, con más justicia que ninguno, de las aptitudes intelectuales de su pariente don Joaquín García Icazbalceta, Monterde realiza sus estudios con el mismo rigor de conocimiento, con la misma curiosidad infatigable y con la misma precisión en los juicios que tanto avaloraron los de nuestro gran erudito. Algunos echarán de menos en los estudios de Monterde esa capacidad de creación que críticos ilustres han poseído —Sainte-Beuve y Menéndez Pelayo, por ejemplos—; pero, sin desestimar esa virtud, mucho más placentera para los lectores que útil para el conocimiento y comprensión de los textos, me parece que aquéllos superaban en cierta manera el campo estricto de la crítica, adornándola con velos de ficción que pertenecen a la literatura propiamente tal. Monterde crítico a secas, pero con toda la nobleza que puede alcanzar ese ejercicio, ha empleado provechosamente sus limitaciones y sus posibilidades en trabajos que han contribuido al mejor conocimiento de nuestras letras. Sus exploraciones en la literatura mexicana del siglo XIX se han dirigido con